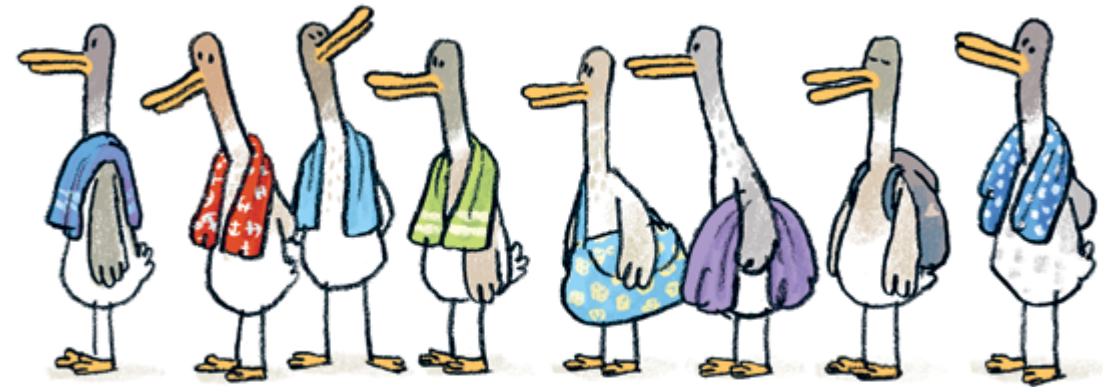


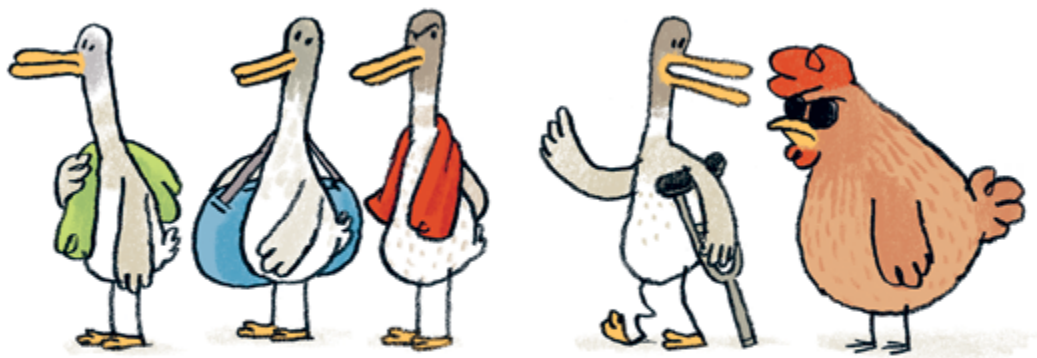
Ulrich Hub

Prohibido ~~tirarse de bomba~~

Con ilustraciones de Jörg Mühle



TakaTuka



Si alguna vez ves un montón de patos en fila, no lo dudes: ponte a la cola. Eso significa que hay algo especial. Si no, ¿por qué razón iban a estar todos ahí esperando?

Al final de la cola, se encuentran una gallina ciega con gafas de sol y un pato cojo con una muleta.

—Y esta cola, ¿para qué es? —pregunta la gallina con una voz sorprendentemente grave—. Puede que tengan salchichas y ya sabes que a mí me sientan fatal. Aunque, en realidad, yo como de todo...

—Chist, baja la voz —se queja el pato—, que ya nos empiezan a mirar mal.

En ese mismo instante, otro pato que está más adelantado se vuelve hacia ellos.

—Es para entrar a la piscina —les aclara sin mucho entusiasmo—. Y vosotros, ¿qué hacéis sin toalla?

—¿A la piscina? —Los ojos del pato cojo se iluminan—. ¡Vaya! ¡Siempre he querido ir a una piscina! Nunca he estado en el agua.

—Yo a la piscina no voy ni atada —refunfuña la gallina ciega—. ¿Qué se me ha perdido ahí? Si ni siquiera sé nadar.

—¡Vamos a echar aunque solo sea un vistazo, anda! —suplica el pato cojo—. Yo solo no me atrevo. Además, se supone que somos amigos.

La gallina ciega resopla. ¿Qué responder a eso? A veces hay cosas que uno tiene que hacer aunque no le apetezca. Simplemente porque le hace ilusión al otro: en eso consiste la verdadera amistad.

Entretanto, la cola apenas se ha movido.

—Esto va muy lento para mi gusto —protesta la gallina—. Además, yo nunca en mi vida he hecho



cola, así que no va a ser hoy cuando empiece a hacerlo.

Ni corta ni perezosa, agarra al pato del ala y empieza a avanzar, provocando, como es lógico, todo tipo de protestas.

—¡Eh, poneos a la cola como todo el mundo! —exclaman los demás patos—. ¡La fila está para algo!

—Pero nosotros no somos todo el mundo —replica la gallina ciega—. ¿No veis que este pato anda con muleta? Como siga aquí de pie y a pleno sol, se va a caer redondo. Entonces habrá que llamar a una ambulancia y...

—¡Cierra el pico! —exclama el pato, rojo como un tomate, pero a la gallina ya no hay quien la pare.

—Ha pasado toda su vida en un triste patio trasero al que no llega ni un rayo de sol. Y aunque esté cojo, es de buen conformar. No quiere ser rico ni famoso, lo único que desea es ir a la piscina al menos una vez en la vida. No me digáis que es mucho pedir... —Hasta la gallina se esfuerza por contener una lagrimilla—. Si no nos dejáis pasar, es que no tenéis corazón.

En un acto de generosidad, los patos se apartan. No hacerlo sería una patochada.

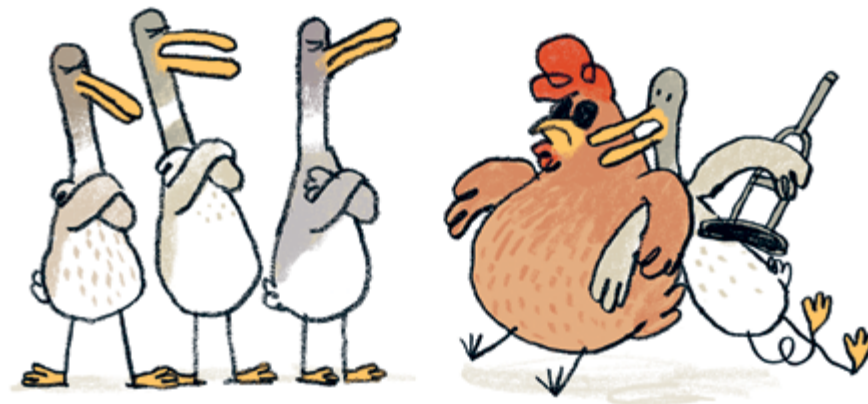
Nada más llegar a la entrada, nuestros protagonistas se encuentran con el siguiente obstáculo: un grupo de patos que les corta el paso.

—Tú puedes entrar, pero ella se tiene que quedar fuera —dicen señalando a la gallina.

—¿Y eso por qué? —pregunta el pato cojo.

—Las gallinas tienen prohibido el paso.

—¡Qué injusto! —replica la gallina—. La piscina es de todos.



—Eso es asunto nuestro, tu opinión aquí no cuenta —responden los patos—. Además, a esta piscina nunca ha entrado una gallina.

—Pues va siendo hora de cambiarlo. No tenéis ni idea de lo que os perdéis. Hoy estáis de suerte. —La gallina suelta una carcajada—. Dejadme pasar y listo.

Los patos ni se inmutan.

—Ya te estás yendo por donde has venido. En cuanto dejemos pasar a una sola gallina, vendrán las demás y, en un abrir y cerrar de ojos, nuestra